

El valor geográfico del signo

Tomás Cortizo Álvarez

Departamento de Geografía. Universidad de Oviedo

Al amparo del equívoco título de “Nabos crudos para cenar” durante Julio, ese mes prescindible en el calendario escolar, reuní los comentarios sobre las lecturas recientes. Quedaron fuera los de otras anteriores y la nómina es demasiado larga para recuperar ahora las anotaciones de todas. Entre ellas, *El espejo de la producción y Pantalla total* de Jean Baudrillard, *El animal público* de Manuel Delgado, *El corazón del laberinto* de José Luis Pinillos, *La ciudad postmoderna* de Giangiacomo Amendola, *La pasión de la mirada* de Pascual Dibié y *El bucle melancólico* uno de los muchos del Jon Juaristi abanderado de la escritura sobre el nacionalismo.¹

En noviembre de 1997 está anotada la lectura de *Los no lugares* de Marc Augé –luego leería *Ficciones de fin de siglo* y *El tiempo en ruinas* del mismo autor–. En estas páginas se destacan las ideas novedosas, unos conceptos que fui incorporando insensiblemente a un conocimiento que venía del manual, pasaba por la observación crítica y estaba abocada a la intuición literaria. Esos textos han impulsado en mí una transición en el aprendizaje, en la enseñanza, en la escritura y en la observación hacia las ideas postmodernas a la hora de hacer Geografía por un camino complementario al geográfico en sentido estricto. Por ejemplo, a través de Soja.

Todavía hoy dudo de cómo se encuadran en la corriente de pensamiento, pero sé que fueron la rotonda para incorporar y cambiar el punto de vista sobre la Geografía. No sólo de la explicación, sino también de la realidad. En pocas palabras, esas lecturas me permitieron dar la verdadera importancia que tienen los diversos giros que se están produciendo: de la producción al consumo, de la acción a la contemplación, de la transformación al estatismo, de la relación social a la relación con el terreno, de la sustitución de unos valores absolutos por otros relacionales, del tiempo concluido al tiempo de la acción, de la observación al proyecto. En fin, de una transición apoyada en el giro hacia la estructura dinámica del territorio, hacia el presente de la acción proyectado hacia el futuro, el peso de los elementos simbólicos y la importancia del instante.

¹ Libreta de trabajo, VIII–2003. Revisado en XII–2004. AUGÉ, Marc: *Los “no lugares” espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa, Barcelona, 1995, 125 págs.

Después de esas lecturas no puedo olvidar lo retro y lo post, la magnitud del tiempo y del espacio, la rapidez del cambio, el afianzamiento del individuo, la contribución al nacimiento del futuro en un presente continuo en que la sociedad organiza el territorio. Y advierto la necesidad de renovar los medios y los conceptos para el análisis, la explicación y la ordenación de la sociedad actual. Y ello, huyendo de lo pernicioso y frustrante de los plurales únicos, de las adjetivaciones diferenciales o copulativas y del recurso al pretérito pluscuamperfecto: de las *geografías*, de la Geografía y... En fin, de la Historia historicista.

Los textos sobre la peatonalización en Oviedo y sobre el paisaje para Burgos y Las Palmas respectivamente ya muestran las señales del giro, espero que no catecúmeno en exceso. Aunque quizá el antecedente está en la fotografía del Hospital de Madrid realizada desde Mauricio Legendre, un lugar de ninguna parte, me dije. O en las autopistas que van de ningún sitio a ningún otro pasando por ninguna parte. Pero esto era entonces poco más que juegos de palabras.

1. El *no lugar* y el *lugar*. Son los dos conceptos fundamentales del libro de Marc Augé que considero de gran interés para la Geografía de la época postindustrial, cuando el consumo, la obra pública, los equipamientos, la construcción de viviendas, la precariedad en el empleo, la incorporación de la mujer al trabajo, el desplazamiento, entre otros procesos, han sustituido definitivamente a la producción y a la reproducción. En fin, el canto a la juventud que lo tiene todo y nada le aguarda.

Los alumnos más compasivos se guasean y hacen chanzas de lo postmoderno y de los no lugares y de lo subjetivo. Pero justo hasta la caminata de diez horas por el campo, de cuatro por la zona en construcción de una ciudad o de una en un museo, digo en un ecomuseo. O de la proyección de diapositivas y de la retahila de ejemplos en los que se aprecia la insuficiencia de la producción para explicar los procesos territoriales de hoy. Entonces reconocen la importancia de esos conceptos y agradecen que se los haya presentado. Como agradezco yo que Chus y Fran me hayan señalado libros como *El país del agua* de John Swift o *Territorio del leopardo* de Eduardo Martínez de Pisón.

Aparecen los rasgos de la sobremodernidad cuando, según Marc Augé que es el autor-guía de estas notas, el tiempo se contrae hasta el extremo de que la noticia se superpone al acontecimiento, incluso se adelanta a él. Bien, sobre este aspecto hay que saltar a Paul Virilio y su *Paisaje de acontecimientos*. El fondo de ideas es común y creo que también cita a M. de Certeau y a Starobinski. Otra seña de la postmodernidad es la dilatación del espacio como consecuencia de la reducción de los tiempos de desplazamiento. Uno de sus aspectos es la peatonalización de las ciudades. Ese espacio conquistado a la circulación se puede llenar con un "vacío antropológico", a modo de *horror vacui* –los pimientos morrones de Eduardo Arroyo o el mobiliario urbano repetido ad infinitum y con la misma campaña publicitaria- o como llegada masiva de forasteros a los lugares turísticos.

El tercer rasgo es la primacía del individuo solitario como habitante de esos espacios poblados de unos elementos que han de ser reconocibles para que el individuo no se sienta extraño; para que no tenga que dialogar con otros indivi-

duos o haya de pertenecer a la comunidad, la relación sin compromiso mediante marcas, logos, hoteles o restaurantes. Y de máquinas expendedoras o de cajeros automáticos.

“Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional, ni como histórico definirá el no lugar”. Pág. 83.

Las anotaciones en el margen del libro y en la libreta reflejan el efecto de la novedad. Donde M. Augé, que sigue en esto a Starobinski y a Michel de Certeau, afirma que la sobremodernidad es productora de no lugares, que son la medida de la época, un objeto nuevo diferente de los lugares antiguos reducidos a lugares de la memoria, está señalado que un no lugar es un “lugar de ninguna parte” y “una mentira necesaria” y, en última instancia, “una falsa paradoja”:

“Desde el punto de vista geográfico el no lugar es una falsa paradoja más. Es un lugar con atributos diferentes a los que el antropólogo y el etnólogo atribuyen al lugar: los hoteles, los trenes y las estaciones, el viaje, los supermercados, las redes. Y la relación del individuo con ellos”.

Lo que entonces tomé por una cuestión nominal y de ingeniosidad francesa era, en la práctica, otro modo de enfocar el mismo hecho. Por ejemplo, un aeropuerto y el viaje y el viajero como parte de un sistema de transporte, de una actividad económica y una morfología eran también, una relación social y un sistema de valores para el antropólogo. A decir verdad, a la Geografía le faltaba la salsa de lo inmaterial a pesar del espacio vivido. Como le sigue faltando el sentido del tiempo.

Estas lecturas descubrirían una nueva dimensión para hablar de las novedades en general y de las nuevas políticas urbanísticas y del comercio. Desde la fotografía a la publicidad, el entramado de ideas asociadas al concepto de no lugar iluminaba con una luz diferente lo que este geógrafo encontraba en su deambular y que sólo le producía desconcierto. Tal era el cúmulo de información acumulada, pero huérfana de soporte filosófico, antropológico y semiológico. Una orfandad extensible a Augé cuando olvida toda la Geografía del *espace vécu* y remite exclusivamente a Merleau-Ponty y su “ser y medio” del espacio antropológico. Otro caso de autofagia.

En fin, M. Augé resume la idea de no lugar y su oposición a lugar diciendo que el no lugar designa dos realidades complementarias: los espacios para ciertos fines (como transporte, comercio y ocio) y la relación que los individuos mantienen con esos espacios: así como los lugares antropológicos crean lo social orgánico, los no lugares crean la contractualidad solitaria. Y de ahí los elementos clave. Los no lugares serían los aeropuertos, trenes, estaciones, centros comerciales, autopistas o parques temáticos, mientras los lugares están representados por la plaza, la aldea, la comunidad. Y la relación social propia de cada uno.

El lugar, en cambio, es el reino de lo implícito y en él caben las complicidades, las expresiones no verbales, el cotilleo, el cortejo, la comprensión y el llamar por el nombre o el mote. En cambio, el no lugar es el ámbito de lo explícito, del código y de lo escrito. Y final, en el lugar hay relaciones entre los indivi-

duos mientras en el no lugar son los elementos y las acciones inherentes a ellos los intermediarios entre las personas. El diálogo con la cajera del gran almacén es inconveniente e imposible con el cajero automático del aparcamiento.

2. *El viajero a la nada*. “El viaje construye una relación ficticia entre la mirada y el paisaje”. En esa relación del individuo con el lugar o el no lugar surge con fuerza la idea de desplazamiento, de viaje. Y aquí aparece de nuevo el Michel de Certeau que introduce la noción de espacio para diferenciar el lugar del no lugar, una idea muy próxima a la de *espacio vivido* de Frémont. El no lugar procede de un doble desplazamiento: del viajero y de los paisajes vistos parcialmente. Aparecen ideas muy interesantes para matizar el papel de la percepción en el análisis geográfico, tanto en lo subjetivo como en lo objetivo. Y, por supuesto, en la propuesta del experto o del político.

3. *El lugar inventado*. Este concepto abarca todos esos lugares con encanto contruidos por la prensa y los comités oficiales para consumo de turistas. O por los folletos y el boca-oreja. La comunicación fragmenta el territorio heterogéneo y continuo de la Geografía en piezas sueltas y los medios y los gestores las ofrece al consumo con nuevas propiedades. Sabemos que el territorio material contienen de por sí, como la pipa de Magritte o el paisaje de Constable, algo más que lo concreto y lo material que hay en él –función, proceso, tensiones–. Pues bien, la transición de lugar a no lugar se produce cuando la acción social confiere nuevos atributos a un fragmento de ese territorio con el fin de ponerlo en el mercado como objeto de consumo diferenciado.

Los Parques y los Monumentos nacionales, las reservas, la singularidad en cualquiera de sus manifestaciones adquiere valor. Los suplementos de prensa, las secciones, los programas de radio han popularizado para los consumidores inmediatos lo que ya hacían las grandes agencias para los grandes destinos e hicieron los grandes viajeros hace un siglo y los miembros de la nobleza con el *grand tour* hace dos siglos. El suplemento *El Viajero* de *El País* iba por el nº 254 al redactar las notas y es un buen ejemplo de la tarea que realizaron las páginas de prensa en los años noventa para poner en circulación singularidades reconocibles que ayudaron a construir un turismo alternativo al de sol y playa. Digno de estudio.

4. *El nombre necesario*. Un objeto definido por la idea requiere la palabra para orientar al viajero. Lo dice M. de Certeau: “los nombres propios imponen al lugar un mandato venido del otro”. Y habla de las rotulaciones en las autopistas: *Valle de...*, *País de...* de los productos típicos en las estaciones de servicio (francesas desde luego, como la de Namur camino de Longwy o la de Mont de Marsan entre Toulouse y Morcenx) y luego del TGV sobre cuyos paisajes contemplados fugazmente ya hay literatura. Estas páginas pueden ser un juego de retruécanos: decía que el paisaje es algo más que su imagen visible –historia, función, relación social– y ahora tendría que decir que el cartelón de la autopista o el estante con productos típicos son algo más que un tarro o un licor. ¡Nombrar para ver!

5. *Egogeografía*. La idea esencial de esta palabra es la del espectador observado: el individuo se siente como espectador de su propia experiencia de espectador, “sin que la naturaleza del espectáculo le importe”. El espejo de la

nada. “El espacio del viajero sería el arquetipo del no lugar” dice M. Augé. El viajero viaja para ver y decir que viaja. También esta idea tiene su porqué geográfico. El viajero es un consumidor de espacio y de tiempo y, sobre todo, se fragmenta en mil viajeros con intereses diferentes que buscan, miran, ven o desean múltiples destinos pues resulta ser un viaje al interior de cada cual. Una demanda heterogénea.

6. *La mirada de la prueba.* La mirada tiene un doble papel: otorga categoría a lo mirado del mismo modo que lo mirado otorga ontología a quien mira, algo inseparable de la conversación, del texto y de la opinión. Desde luego, desde el punto de vista social no es lo mismo viajar a lugares reconocidos como interesantes o prohibitivos –Antártida– que organizar un itinerario que atiende a gustos, necesidades o posibilidades estrictamente personales. La familia veranea o viaja a tal o cual lugar en una fecha u otra. De nuevo la importancia de la información y de la prueba: la foto de quien mira el lugar universalmente reconocido. Por eso mismo, no lugar.

La información ayuda a incorporar lugares al consumo, lo singular, y una vez que son reconocidos socialmente, reaparecen como no lugares. En Bulnes se acaba de inaugurar una tienda de souvenirs, “El Capricho”. Lucía dice que el producto estrella será una vaquina blanca con pintas negras o una pegatina de la virgen de Covadonga con el lema *Ella me guía*, y una camiseta. Todo entre 6 y 12 euros. Se admiten apuestas.

7. *El placer de la melancolía.* Otra idea es la del engarce de la soledad, la melancolía y el placer en el viaje como indicio de modernidad.

“Evocación de espacios donde ni la historia, ni la identidad, ni la relación tienen sentido, donde la soledad se expresa como vaciamiento de la individualidad, donde el movimiento de las imágenes deja entrever la hipótesis de un pasado y la posibilidad de un porvenir”. Dice Starobinski.

Es un modo de hablar del viaje moderno, comenzó por Baudelaire pero remite al Chateaubriand del viaje a Jerusalén. El viaje gratuito podíamos decir, pero repleguemos el argumento a la melancolía del yo y a la egogeografía. Describe mi caso con la cámara, la libreta, el cayado y el sombrero. Ir de un lado a otro, sin comer, tomar el sol, buscar una perspectiva, mordisquear una manzana, un majuelo, un vago olvidado en una viña casi silvestre o una pera cogida en el huerto, incluso en pleno invierno. El placer de la libertad. Perdón por la autocita.

“Al volver me percato de que con dos o tres ideas, más las sensaciones del momento y una añoranza y una melancolía de fondo hice todo el camino. Y pienso que una parte de la conciencia se diluye en la mirada atenta, el paseo, el detalle, la observación, la foto; en la fatiga y en el cansancio.

Y disfrutar del calor y el cromatismo del otoño tiene el mismo efecto que el sufrimiento descarnado, el bloqueo de la idea a favor de la sensación, a veces compartida a pesar de la soledad, casi del desamparo. Entonces solo queda seguir adelante, aguzar la mirada, desnudarse de prejuicios y deseos, de trabajos pendientes y de proyectos. Sólo mirar y ver.

Pero, como los hilos de las arañas viajeras o las cintas de las casetes rotas en el borde de la carretera, también se prenden algunas ideas en las sensaciones,

una buena onda portadora que periódicamente recuerda el engarce entre la sensación y el concepto".²

8. *El viaje gratuito.* El viaje moderno, lo dice la literatura, remite a Chateaubriand cuando busca en Oriente paisajes para Los Mártires, a Víctor Hugo cuando cuenta el largo viaje a los Pirineos y se demora placenteramente en San Sebastián y en Pasajes, a Gil y Carrasco que se adentra por una provincia interior para inaugurar el viaje moderno en Las Médulas y a tantos otros que abandonan la erudición, renuncian a la búsqueda de las raíces y no necesitan formación. Dos ejemplos de esto último, El *Grand Tour* y Antonio Ponz.

Sin embargo, no lo dice M. Augé, es Petrarca cuando sube al Mont Ventoux y describe las sensaciones quien inaugura con un adelanto de 400 años el viaje moderno. Al menos así lo cuenta Javier Maderuelo en un texto que no tengo a mano. Quede anotado para incorporarlo a la historia de la mirada y del viaje. Pero en este viaje improductivo, de soledad y de melancolía que realiza el viajero solitario lo importante es el cierre: el viajero que observa el paisaje y a su vez es observado cuando el paisaje y la mirada han sido vaciados de todo contenido y de todo sentido. Entonces la mirada se funde en el paisaje y se vuelve objeto de una segunda mirada.

Estas anotaciones son anteriores al viaje a Bulnes el 18 de agosto. Unos subimos por la senda y otros en el funicular que, en un juego de engaños entre Álvarez Cascos, defensores de la integridad de Picos de Europa y políticos locales, era inicialmente de uso exclusivo para lugareños. Pues bien, llegar a la estación superior y ver salir a la gente, disfrazada de viajero de montaña, cegada por la luz y haciendo vídeos a un burro que también podía ser una cabra mientras se toman notas y se hacen fotos raras no deja de ser un espectáculo para un tercer observador externo. Yo sabía que veía a los viajeros y me preguntaba qué miraban ellos con su aire desvalido en aquellos parajes extraños por su dimensión o su tipismo ilusorio. Y sabía también que la clave para muchos no era el ascenso sino el relato y la proyección a la vuelta. Material para una encuesta de Geografía actual.

En esa tienda se pueden comprar productos falsamente autóctonos como licores, dulces y mieles, el *made in China* de calcetines, camisetas y gorros; y la atopía de los bastones y cestos. La senda, la garganta y el esfuerzo de la subida familiarizan a unos con el paisaje y con el recorrido, mientras el billete arroja a otros a los pies de un burro en el risco, de la susodicha tienda o del desconcierto en Picos de Europa.

9. *La identidad amenazada.* Es otro concepto que aparece en este ciclo de lecturas. El individuo del lugar vive en comunidad, lo cual significa que buena parte de su conducta se ampara en códigos implícitos. Fueron ordenanzas, normas de buen gobierno, costumbres, solidaridad. Y fue conocimiento detallado de parentescos y toponimia sintetizados en el catastro. Y una cultura que abarca la lengua, el producto de la tierra y un pasado compartido sin intermediarios.

² *Diario de un geógrafo ambulante*, "Sanguinos, vides y perdices", 2-XI-1997

El no lugar y sus relaciones irrumpen en este ambiente y va sustituyendo lo compartido por lo consensuado, lo implícito por lo explícito, lo conocido por lo novedoso, la costumbre por la ley, la comunidad por el individuo. Y en este choque aparecen nuevos conceptos de gran interés para la Geografía. Escribo cada vez más de memoria y no sabría decir qué corresponde a cada uno, a Virilio, Pinillos, Baudrillard, Juaristi, Amendola o Delgado. Además, después de las anotaciones a M. Augé va el texto "Oviedo: ¿un lugar de ninguna parte? Escrito a partir de las notas utilizadas en una mesa redonda y de unos paseos por Oviedo para analizar los cambios realizados en la ciudad por Gabino de Lorenzo y las características y consecuencias de la nueva imagen. Estuvieron en una u otra los artistas Monjardín, Mieres, Sanjurjo y Alba, y los profesores Barón y Maderuelo.

10. *Lo vernacular autóctono*. El proceso de nombrar puede originar un choque entre lo novedoso y forastero que pertenece a un mundo en el que se contempla el cambio y la novedad y aquello que constituye la esencia de la identidad local. Y de ello forma parte la toponimia. Ese choque se manifiesta como deseo de identificar y singularizar lo propio ante las grandes vías que vienen y construyen los de fuera –minúsculo a la escala de velocidad, flujo y jerarquía en que se mueve el viajero– o ante los nuevos nombres de núcleos que alojan a los nuevos vecinos que tienen nuevos comportamientos y actividades, las urbanizaciones turísticas. El no lugar como amenaza.

11. *La resistencia al cambio*. La sensación de pérdida que acompaña al cambio puede ser la peor compañera para interpretar la *pure*, la puta realidad, por parte del geógrafo porque pone en juego, por un lado, el sistema de valores individuales y colectivos y lo que de ellos es digno de conservar, y por otro, las tensiones generadas por una actividad social que no cesa. Producir, reproducir, envejecer, progresar, reducir y ampliar la familia. Por encima de los -273,27 °C, los 0 grados Kelvin, todo es cambio.

De ahí resulta una gran dificultad para vivir e interpretar para uno y para los demás los modos, los fines, los estilos de la acción. Y pongo los ejemplos porque tengo la firme convicción de que me repito: "Oviedo ya no es Oviedo" decía Ramallo hablando del derribo y construcción del Fontán. "No vuelvo a pasar delante de la catedral con tal de no ver la estatua de la Regenta" decían Mieres y Sanjurjo.

¡Carajo, de todo han pasado treinta años! Y para todos han pasado los años, los km, los KW, los CV, los alcaldes, la producción y el consumo, su espejo. Por tanto, más que la cuestión ineludible del cambio, se plantea la cuestión de sus límites éticos, estéticos, sociales, territoriales. Los límites y las limitaciones. El plano y la norma.

Pure. Cuando releo estas notas se ha reeditado un texto de Martín Santos con el expresivo título de *Horrorosa belleza del mundo*, donde expresa su asombro por la belleza de los pueblos y tierras labradas habitados por campesinos y pescadores. Sobre este paisaje, este modo de vida y este sistema de valores irrumpen los primeros y las primeras turistas. Y el equipo de filmación de una película.

"El desconcierto era el sentimiento unánime, raramente confesado. La sensación de que lo que se transforma se pierde y lo que se pierde se olvida y la herencia se desconoce, aunque se presenta que es buena porque es nueva y distinta".
Dice Luis Mateo Díez en *El espíritu del Páramo*.

12. *El pastiche*. Puesto que estas páginas son equiparables a la bodega, estancia intermedia entre el huerto y sus trabajos, y el festín y sus preparativos, antesala del encuentro que es el verdadero fin, recurramos a otra cita. Lo dice Amendola cuando recuerda que Adorno no pudo presentar su tesis realizada con citas –cito de memoria–. Pero me interesa destacar lo que dice John Storey: "en lugar de una cultura de creatividad prístina, las cultura postmoderna es una cultura de citas; es decir, una cultura nacida de una producción cultural previa... un ejemplo de práctica de pastiche postmoderno es el "cine de nostalgia". Pero estas notas no se refieren al cine o a la literatura sino a la ciudad y al territorio en general.

El pastiche es quizá el modo más cruel y estúpido de plegarse a la resistencia al cambio. Se derriba el Fontán y se reconstruye tal cual de modo que el vecino asiste atónito al espectáculo del viajero que contempla asombrado de lo bien que se conserva una plaza dieciochesca; con parabólica y todo pero sin una placa que advierta del engaño. Y se repintan y se respetan las fachadas de la vieja ciudad que pierde los arbolados patios de manzana. Y en un alarde de incongruencia y cinismo conservacionista se demuele un edificio hasta los cimientos para ser *rehabilitado* como sede del colegio de arquitectos, el colegio Hispania en Oviedo.

En un salto cualitativo, se desamortizan las grandes superficies de la revolución industrial y de la ciudad capitalista, se reutiliza, se renueva, se ponen losas para convertir en subterráneas estaciones de superficie. El alcalde de Palencia lo dijo muy bien "queremos remodelar la estación sin que pierda centralidad". Es decir, la ciudad postmoderna abandona la modernidad desde el momento en que rechaza la novedad radical, la ciudad actual lejos de la vieja como fue el ensanche, y el espíritu pionero que menciona Manuel Delgado, la Brasilia de Niemeyer.

Y paraliza la Historia –el proceso, no la asignatura– cuando no toca la anti-gua en lo que tiene de catastro y de símbolo. Y construye un AVE subterráneo en vez de aéreo, un pájaro postmoderno. Y cuando renuncia al ámbito regional, es decir la relación entre la ciudad y el territorio. Queda apuntado, el pastiche y como se diga en inglés: cómo obrar para que todo cambie y que todo siga igual: la permanente revalorización del catastro y de los propietarios de los solares, del capital y del gobierno.

13. *El valor de uso, el valor de cambio y el valor del signo*. En la tarea cotidiana de la clase, la fotografía, la noticia y el campo primero fue el valor del ego como expresión de la subjetividad y de la voluntad aplicadas al territorio, uno de cuyos resultados es la discontinuidad social y espacial. Luego apareció en la lectura el signo de Baudrillard. Ahora no sabría contar el paso de la intuición a la erudición y si este autor los relaciona. Durante la clase de Cartografía, los cuatro metros de encerado permitieron establecer esta secuencia triádica cuando hablaba del tiempo en los mapas.

El valor geográfico del signo

Cuando domina el valor de uso las características del lugar apenas están condicionadas por los rasgos de los elementos circundantes. Un ejemplo clásico es el de los edificios de una ciudad pequeña preindustrial donde un palacio es un palacio y puede estar al lado de una casa de labriegos y sus corrales como en *El Hereje* de Miguel Delibes. De hecho los Figaredo vivían cerca de su mina, como Lady Chaterley vivía también cerca de las minas y de su amante.

En cambio, cuando domina el valor de cambio, las características de un lugar, entre ellas el precio, están definidos por los rasgos de las áreas circundantes. La singularidad individual de un tiempo se convierte en individualidad relacional en otro, como ha contado D. Harvey.

Pero cuando en el paseo marítimo de Gijón se hace una foto de una escultura con cable y rerete público. O cuando se definen y delimitan parcelas del territorio con el fin de protegerlas y el observador se olvida del resto aparece el ego como elemento creador de una nueva relación. La voluntad colectiva o individual surge como acotadora de espacio. En el contexto cartográfico y estadístico, los mapas y los modos de trabajar en cada caso son diferentes. Y en el contexto postmoderno y del lugar y no lugar, el ego ha de interpretarse como todo lo referente al valor del signo.

Con ello, el signo, el símbolo, la interpretación, la percepción, la voluntad se introduce en la secuencia temporal para dar vuelta al viejo calceñín de la producción y derrama, como cuerno de la abundancia, la arqueología industrial, los nuevos valores, las raíces, la identidad mientras el capital sigue circulando por el mismo circuito. El reciclado de la ciudad... Igualmente, el yo individual que deambula por un territorio fragmentado ex profeso para explotarlo: el encanto, lo estadístico, la invención. El espejo de la producción. En fin, el cambio se oculta, se minimiza o se transmuta mediante lo simbólico: no hay quien reconozca a Oviedo, que sigue estando en Oviedo. Ser confundido con estar. O sustrae a la norma unos espacios, especialmente los relacionados con la publicidad: tabaco en los mopis, alcohol en los suplementos de prensa, en los anuncios de los tramos urbanos de las carreras. Anuncios: sí en las vías urbanas, no en las interurbanas.

14. *La sobreidentidad*. De la yuxtaposición de lugar y no lugar nace como reacción la identidad en diversos grados y modos. Y no menos como respuesta a los cambios que sobrepasan al individuo y a la comunidad. Veamos. El grado elemental de relación es la adaptación y, como resultado, políticos, familias e individuos viven y conviven satisfactoriamente en los nuevos espacios de la postmodernidad. Bien por gusto, las grandes superficies comerciales y sus multicines, multiocios y multilocales, o bien por necesidad, los deportistas, los empresarios o los ejecutivos. Por cosmopolitismo los intelectuales y por recrearse los viajeros.

En el polo opuesto se encuentra el ámbito de la sobreidentificación y sus secuaces, digo sus secuelas. Aparece cuando las novedades se perciben como amenaza porque desbordan la capacidad de adaptación y el cambio.com prendido y asumido. La topofilia, la toponimia, los usos y costumbres, la raza, el puesto de trabajo, la lengua o la nación se ven amenazados por la

novedad, que ahora se llama globalización. La novedad y la relación surgen como amenaza.

Por los conceptos enumerados se aprecia que estamos hablando de diferentes grados de nacionalismo, desde algunos argumentos de autonomismo descentralizador en el día de la autonomía hasta el nacionalismo terrorista. La bomba terrorista en un supermercado del nacionalismo imbuido de territorialidad y sobreidentificación une dos hechos: el supermercado es el más popular de los no lugares y las víctimas anónimas no tienen nada que ver con las ideas, los territorios y sus habitantes en conflicto.

Por tanto, son atentados con la mayor capacidad posible para infligir daño. Hipercor o las Torres Gemelas. Juaristi o Virilio. Y después el 11-M. La muerte del inocente. En el contexto del cambio postmoderno, interesa destacar para la Geografía este matiz de lo anónimo en conflicto. La muchedumbre como objetivo.

15. *La rana glotona*. No lo dice Augé, o no lo tengo señalado, pero es suficiente lo anterior para deducir que de esa sobreidentificación surgen posturas propias del ecologismo localista. Y sus contradicciones: esas autopistas que atraviesan países mencionados en los carteles y cuyos productos se venden en las áreas de servicio son, en la práctica, una burla al país y a sus gentes. La oposición por vía ecológica a cuestiones estrictamente culturales no deja de ser una perversión de la sobreidentificación entre territorio y sociedad.

Como consecuencia de la dejación que han hecho los científicos sociales y los médicos, el ecologismo ha ocupado el vacío en la defensa de bienes y valores en demasiadas ocasiones. Algunos ejemplos: la defensa de los túmulos en las alegaciones a los parques eólicos se realiza en el contexto ecologista, cierto que por abandono de historiadores y geógrafos; los académicos vascos, gallegos y catalanes han pedido ayuda a los ecologistas para defender las lenguas vernáculas, como si la cultura fluyese de lo natural a lo social. Y es muy rara la presencia de médicos solicitando protección preventiva para los ciudadanos, como barreras acústicas o lugares saludables.

16. *El chamarilero de lo íntimo*. En esa relación de las personas con lo inmediato del terreno y de la comunidad también está implícito el asalto a lo individual y a lo íntimo: desde el momento en que se comercia, se exhibe o se alardea de aquello que hasta ayer era una cuestión estrictamente local y personal. Me refiero a los usos, costumbres, saberes y decires que las personas guardaban con celo frente al intruso. Una combinación de pudor, de vergüenza, de recelo y de rechazo al forastero que se interesa por lo propio. Exactamente lo contrario de lo que se pide para los pueblos y saberes de la Amazonía, por ejemplo. Por qué no incluir las lenguas llamadas dialectos hace sólo unas décadas. Ironías de los bucles de la Historia y de los recodos de la Geografía, los nietos se interesan por aquello que rehuyeron los abuelos.

Y para ello son precisos intermediarios que trapichean con las ideas en el mercado político de la sobreidentificación, que son los guardianes de las esencias del ser antehistórico, los intérpretes del caudal que fluye del terreno hacia la comunidad y que, en suma, aspiran a sustraer la ciudadanía del habitante para convertirlo en miembro intercambiable de una comunidad.

17. *La culpa del demonio de la acción*. El mismo sentido tiene este postmoderno fundamentalismo naturalístico en el que la actividad humana en busca del progreso y la mejora sustituye a la religión en el origen de la culpa: desde el cambio climático a los transgénicos pasando por los incendios y el confort. Escucha uno a Araujo, lee uno a Pellicer o a Armesto y, ya está, el veredicto es iculpable!. En cambio, lee uno las peripecias de Félix de Azara por la América meridional donde encuentra a quienes se supone que vivían en perfecta armonía y, horrorizado, exclama ¡gracias ilustrados, industriales e industriosos!

De hecho, del polvo que levantó el muro de Berlín al caer hace ahora 15 años sobre los escombros espectrales de la escuela de Francfort – especialmente del Adorno que se libró inmaculado en los USA de los años negros de 1932 a 1946, del ascenso del nazismo y de la II GM– se forman estos paradójicos resultados: parte de la izquierda defendiendo la naturaleza extra-humana y, en consecuencia, asumiendo futuribles de incierto cumplimiento, pidiendo bable en las escuelas o renunciando a la justicia distributiva. Y aborreciendo de la acción, precisamente su esencia histórica.

Como observa la lectora y atisba el lector, o viceversa, estas notas amenazan plantar los nabos crudos de la cena en una escombrera de citas. Pero de eso se trata, de ofrecer la filiación del concepto tomado por el geógrafo que deambula por lecturas foráneas. Debería comentar a Amendola y a Baudrillard, pero es suficiente esta ración de nabos crudos para reflexionar sobre aspectos de la Geografía Urbana, de la Percepción, de la Cultural o del Turismo sin necesidad de deshacer la Geografía en múltiples geografías. Para hacer Geografía como quien juega otra partida de ajedrez. Ni pastiche, ni autofagia, ni endodoxia, ni intertexto. Por eso es fácil continuar las lecturas sin saltos, reconocer los ejemplos y añadir otros. La *pure* y la experiencia de la realidad asistida por el conocimiento, un conocimiento aplicado a lo que se observa reconociendo una deuda como exorcismo de la erudición.

Tan lejos de Cosgrove y las 101 notas de tantos trabajos ajenos.